

Recordar, compartir, aprender

## Oviedo

José Ramón Sirgo Gutiérrez, 79 años

Adoración Diego de Oliveira, 21 años

### VIVIENDO CON LA MUERTE

Mis pasos sonaban nerviosos e indecisos cuando entré por la portezuela que conducía a la que llamaban la casa amarilla; nadie me había dicho, aunque pronto lo intuí, que en aquel lugar no hacían falta extravagantes máquinas para regresar hacia lo que se había dejado atrás; bastaba con detenerse un momento y escuchar atentamente las voces de sus habitantes. Cientos de historias eran entonces rescatadas del estrecho abrazo con el que las envolvía el tiempo, el pasado se hacía presente con cada palabra pronunciada y el olvido caía víctima de su propia condición. No obstante, no eran simples historias, sino que cada una de ellas comprendía retazos de vivencias, experiencias y recuerdos, que se entretrejan unos con otros dando en su conjunto toda una vida como la de José Ramón Sirgo Gutiérrez.

Con el cabello blanquecino y alborotado, y su cara bonachona, José Ramón ofrecía constantemente una sonrisa sincera y acogedora. Grandes gafas amarillas y antiguas tapaban sus ojos, pero no ocultaban una mirada repleta de esa sabiduría cuyo aprendizaje no está recogido en los libros y en la que tampoco se pueden disfrazar las ráfagas del dolor padecido. Sus pisadas, apoyadas sobre el bastón, se dirigían hacia el futuro, mientras sus palabras evocaban su yo pasado. Poco quedaba ya de aquel niño que un día de 1930 era recibido en un pueblecito cerca de Luanco, ignorante aún del largo camino que le tocaría recorrer, plagado de dificultades y con hostiles compañeras de viaje desde la más tierna edad; y desconocedor también de que sería el protagonista de una obra que nadie querría interpretar.

“Hace mucho tiempo corría el rumor de que la gran dama de negro, poderosa entre todas las reinas de la oscuridad, decidió, por razones aún hoy desconocidas, acoger en su frío regazo y entre sus férreos brazos el cálido y tierno aliento de un niño, el niño... Paseaba impasible por los caminos, dejando siempre algún rastro y, aunque nadie quería sufrir esa suerte o destino, fueron muchos los que sintieron el leve, pero mortífero, roce de su manto: guerra y dolor empañaron muchas miradas y durmieron en un sueño eterno a los padres del niño.

Por entonces, el silencio de las calles hablaba del temor de la gente. Los días sucedieron a las noches, el tiempo seguía su ritmo constante y el cansancio se apoderó de los viejos huesos de la abuela, que un día tan serenamente dormía y que la gran dama decidió no despertarla jamás.

Poco después, la soledad pasó a ser la hermana del niño, cuando la verdadera fue enviada a un lugar lejano llamado Caracas, y sólo tuvo que sobrevivir cuando la reina oscura, arrepentida de ser la causante de las lágrimas que ahora corrían por un rostro antaño risueño, decidió que era mejor que el niño aprendiera algo de esa a la que tanto querían; de la vida.

Sin embargo, el manto negro simplemente fue sustituido por túneles, si caben más oscuros, que esperaban a cualquier descuido para tragarse a los hombres que arrancaban la riqueza de sus entrañas; la soledad fue reemplazada por amos, falsos amigos y perseguidores permanentes; injusticias, maltratos, insultos, discriminación y abusos no dudaron tampoco en hacer su aparición en escena.

Las alegrías que la vida le había prometido tardaron en cristalizarse, pero al fin llegaron con un inocente baile en el que conoció a la mujer de su vida, su esposa; que le dio el bien máspreciado, un hijo; que le acompañó a aquel lugar lejano, Venezuela, y también de vuelta a su España natal; y a la que una visita nunca bien recibida y dolorosa la hizo despedirse, siempre demasiado pronto, de sus seres queridos y cuya presencia el niño eternamente conservaría consigo en una vieja fotografía en blanco y negro protegida en su cartera.

Se dice también que la gran dama lloró, lloró por la separación y la ausencia, por el cometido que a ella se

